

Capítulo 9

El calendario de Dios

Daniel 9

Después de su crucifixión y su resurrección, Jesús regresó al Cielo (Hech. 1:9–11). Pero, antes de hacerlo, él prometió a sus discípulos que regresaría a la Tierra. Les aseguró: “Y después que me vaya y les prepare lugar, vendré otra vez, y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, ustedes también estén” (Juan 14:3). Él les dio a ellos (y a nosotros) numerosas señales que nos dirían cuándo su venida está cerca (Mat. 24; Luc. 21). Sin embargo, hay una cosa acerca de su regreso que Jesús nunca nos ha dicho: cuándo, exactamente, será la fecha de su segunda venida. De hecho, él nos ha dicho específicamente que nadie conoce el día ni la hora, ni siquiera los ángeles del cielo (Mat. 24:36).

Dios siempre llega a tiempo

Casi tan pronto como Jesús regresó al Cielo, el pueblo de Dios comenzó a esperar que él regresara en cualquier momento. Hemos esperado muy ansiosamente a lo largo de los siglos. Parece que ha pasado mucho tiempo desde que Jesús se fue y prometió regresar. ¿Por qué la larga demora? ¿Por qué Jesús no ha venido antes?

Así nos parece a nosotros. Pero la demora es solo desde nuestra perspectiva, no desde la de Dios, porque Dios siempre llega a tiempo. Tal vez más claramente que cualquier otro capítulo de la Biblia, Daniel 9 revela que Dios siempre llega a tiempo, que sus propósitos no conocen premura ni demora. Podemos pensar que

hay una demora en el regreso de Jesús a esta Tierra, pero Dios tiene un calendario divino, y nos da una idea de este calendario en Daniel 9. Las profecías de Dios siempre se cumplen exactamente como él ha predicho. Daniel 9 no nos mostrará cuándo regresará Jesús, pero nos mostrará exactamente cuándo comenzó el tiempo del fin.

En el primer año de Darío, hijo de Asuero, de la raza de los medos, que llegó a ser rey de los caldeos, en el primer año de su reinado, yo, Daniel, entendí por la Escritura, por la palabra del Señor al profeta Jeremías, que la desolación de Jerusalén habría de concluir en setenta años (vers. 1, 2).

El primer año del reinado de Darío fue en 539 a.C. ¿Cómo sabemos eso? Recuerda que los medos y los persas derrocaron a Babilonia, tal como lo había predicho la profecía de Daniel 2. La historia nos dice que esto sucedió en 539 a.C.

Daniel fue llevado cautivo por Babilonia alrededor del año 605 a.C., cuando era un adolescente, tal vez de 17 años. Entonces, ¿cuántos años tiene Daniel aquí en el capítulo 9, en el primer año del reinado de Darío el Medo? Las matemáticas nos dicen que Daniel tendría tal vez 83 u 84 años. Está llegando al final de su vida. Él entiende la importancia de conocer la Palabra de Dios. Es un estudiante diligente de la profecía, tal como había quedado registrada en los antiguos pergaminos. Él estaba extremadamente bien informado de las Escrituras. Específicamente, dice que había estado estudiando los escritos del profeta Jeremías. Afirma que, a partir de las profecías de Jeremías, había descubierto que setenta años después de que los babilonios derrocaran a Jerusalén, Dios liberaría a su pueblo de su cautiverio. Puedes encontrar esta profecía en Jeremías 25:11 y

12; y 29:10. Daniel sabía que habían pasado casi setenta años desde que Jerusalén había sido derrocada y él llevado cautivo a Babilonia. Él sabía que el tiempo de la profecía de Jeremías estaba llegando a su fin. Él sabía que Dios siempre cumple su palabra; sus propósitos no conocen premura ni demora. Pero Daniel estaba preocupado porque no podía ver ninguna señal de que la profecía estuviera a punto de cumplirse. Así que, comenzó a orar.

Daniel ora a Dios

Su oración está registrada en Daniel 9:3 al 19. Él dice: “Entonces volví mi rostro al Señor Dios, y lo busqué en oración y ruego” (vers. 3). Él está orando para que Dios libere a su pueblo de la cautividad en Babilonia. Confiesa sus pecados y los pecados de los israelitas que se encontraban en cautiverio.

Daniel sabía que Dios cumple sus promesas. Pero también sabía que Dios no puede bendecir a aquellos que se niegan a honrarlo y obedecerlo. La Biblia dice: “Las iniquidades de ustedes los separaron de su Dios, y sus pecados han hecho que su rostro se oculte de ustedes para no escuchar” (Isa. 59:2). Hay una ley de causa y efecto. Por eso, Daniel incluye este reconocimiento en su oración:

“Todo este mal vino sobre nosotros conforme está escrito en la ley de Moisés; y no hemos implorado tu favor, Señor nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad. [...] Porque eres justo, Señor nuestro Dios, en todo lo que hiciste, porque no obedecimos a tu voz” (Dan. 9:13, 14).

Cuando cualquier persona o nación, a sabiendas y voluntariamente, se aleja de Dios, pierde sus bendiciones divinas. Se enfrentan a angustias, penas y desastres que no habrían tenido que sufrir si no hubieran entrado en esa actitud rebelde. La naturaleza esencial del carácter de Dios es el amor; él no causa angustia ni dolor, pero hay una ley natural de causa y efecto que dice que nuestra rebelión contra él hace que perdamos sus bendiciones, dejándonos más vulnerables a los ataques de Satanás. Satanás es entonces capaz de hacer cosas que de otra manera no sería capaz de realizar. A veces, Dios tiene que enseñarnos con tristeza lo que no vamos a aprender de otra manera. La historia de Israel es la historia de una nación a la que Dios enseñó con profundo dolor debido a su rebelión. La victoria de Babilonia sobre Jerusalén y el pueblo de Dios se produjo porque Israel fue infiel a Dios, y perdió así sus bendiciones y su protección. Eso es lo que Daniel estaba reconociendo en su oración. Daniel termina su oración con estas palabras conmovedoras:

“Ahora, pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo y sus ruegos, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor.[...]

“¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona! ¡Atiende, Señor, y obra! ¡No tardes, por amor a ti mismo, Dios mío!, porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo”
(vers. 17–19).

Gabriel viene a responder la oración de Daniel

Daniel sabía que Dios tenía un calendario divino; sabía que los setenta años de cautiverio estaban llegando a su fin. Los seres humanos no tienen idea de lo que depara el futuro. Hay muy

poco que podamos hacer para alterar el gran panorama de los acontecimientos a lo largo de los siglos. Pero el gran Dios del Cielo es lo suficientemente sabio para saber qué hacer y lo suficientemente poderoso para hacerlo. Mientras Daniel ora, el ángel Gabriel se acerca a él para explicarle la visión. Daniel dice:

“Aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien yo había visto en la visión al principio, vino volando con presteza y me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde. Me hizo entender y me dijo: ‘Daniel, ahora he venido para darte sabiduría y entendimiento. Tan pronto como empezaste a orar fue dada la respuesta, y yo he venido a enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión’” (vers. 21–23).

¿Qué visión vino a explicar Gabriel a Daniel? No hay ninguna visión registrada en el capítulo 9. Sin embargo, Daniel había recibido una visión en el capítulo 8, y el ángel Gabriel vino a explicársela (ver Dan. 8:16-19). Pero ¿entendió el profeta la visión incluso después de la explicación de Gabriel en el capítulo 8? No. El capítulo 8 cierra con Daniel preocupado y confundido por lo que había visto en la visión. Él dice: “Y yo, Daniel, quedé quebrantado y estuve enfermo algunos días. [...] Pero quedé espantado acerca de la visión y no la entendía” (vers. 27). Así que, luego de la oración de Daniel en el capítulo 9, Gabriel viene de nuevo para explicar mejor la visión del capítulo 8. Le dijo a Daniel: “Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión” (Dan. 9:23).

Él dice: “Daniel, voy a responder a tu oración de una manera mucho más amplia de lo que esperabas. Estás preocupado por

cuándo terminará el cautiverio de tu pueblo, Israel, y puedan regresar a Jerusalén, pero quiero mostrarte un panorama más amplio. Quiero mostrarte cuándo terminará la cautividad del pueblo de Dios bajo el pecado. Quiero mostrarte cuándo será revelada la verdad sobre el Santuario en el Cielo. Quiero mostrarte algo que va más allá del Santuario en la Tierra y la restauración de la adoración para el pueblo judío. Quiero mostrarte lo que dice la visión sobre el fin de los tiempos, cuando la verdadera adoración será restaurada en todo el mundo justo antes de que Jesús regrese”. Dios estaba respondiendo la oración de Daniel de una manera mucho más amplia y significativa de lo que el profeta podría siquiera imaginar. Recordarán que, en Daniel 8:17, Gabriel le dijo a Daniel que la visión “es para al tiempo del fin”.

Antes de analizar los detalles de la explicación de Gabriel de la profecía, hay una pequeña frase que no debemos pasar por alto. Gabriel le dice a Daniel: “Tú eres muy amado” (Dan. 9:23). Tan pronto como el profeta comenzó a orar, Gabriel fue enviado a responder su oración, porque era “muy amado” por el Cielo. Cuando estás de rodillas, orando, eres “muy amado” por el Cielo. ¿Alguna vez has anhelado un lugar muy cercano al corazón de Dios, al que pudieras llamar hogar? Mientras oras, Dios te susurra, como lo hizo con Daniel: “Eres amado en gran manera. Tienes un lugar especial en mi corazón”. Nunca olvides cuánto te ama Dios.

Gabriel comienza a explicar la visión

Gabriel le dice a Daniel: “Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión” (vers. 23). ¿Qué aspecto debía comprender? Solo había un aspecto de la profecía de Daniel 8 que el profeta no había comprendido, y ese era el período de tiempo. El ángel Gabriel había explicado claramente el significado del carnero

(Medopersia) y del macho cabrío (Grecia). Explicó la caída de Grecia, el ascenso de Roma, y el poder religioso y político de la Iglesia-Estado que surgiría de Roma. Solo una parte de la profecía del capítulo 8 quedó sin explicar: el período de tiempo, la profecía de los 2.300 días (años) al final de los cuales el Santuario del Cielo sería purificado.

Gabriel comienza a desglosar este período mientras le explica la visión a Daniel:

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y tu santa ciudad,

“para acabar la prevaricación, poner fin al pecado,

“expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía,

“y ungir al Santo de los santos.

“Conoce y entiende que,

“desde que salga la orden

“de restaurar y reedificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe,

“habrá siete semanas más sesenta y dos semanas” (vers. 24, 25).

Daniel había estado preocupado por su pueblo, los judíos. Había estado orando por ellos y por la restauración de Jerusalén. Así que, Gabriel comienza diciéndole que “setenta semanas” de los 2.300 días están “determinadas sobre tu pueblo y tu santa ciudad”. ¿Qué significa que estaban “determinadas”? La palabra hebrea usada es *chathak*, y significa “cortado de” o “separado de”. Vimos en el capítulo 8 que un día profético representa un año literal de tiempo real. Hay siete días en una semana, así que ¿cuántos días hay en setenta semanas? Siete por 70 es igual a 490. Gabriel está diciendo que 490 años de los 2.300 años

mencionados en la profecía son “cortados”, o separados, para el pueblo de Daniel.

¿Cuándo comienzan las setenta semanas y los 2.300 días?

Esta es una de las profecías más emocionantes de todo el Antiguo Testamento. Es precisa hasta en sus más mínimos detalles. Muestra que Dios hace las cosas a tiempo y de acuerdo con su plan. Gabriel le explica a Daniel que se cumplirán 2.300 años desde sus días hasta el comienzo del tiempo del fin. Los primeros 490 años se aplican al pueblo judío, y él le menciona cuándo comenzarían estos 490 años.

“Conoce y entiende que,
“desde que salga la orden de restaurar y
reedificar Jerusalén
“hasta el Mesías Príncipe,
“habrá siete semanas más sesenta y dos
semanas.
“La plaza y la muralla se reedificarán” (vers.
25).

Recuerda que, en ese momento, el pueblo de Daniel, los judíos, estaba en cautiverio. Daniel estaba muy preocupado por la fecha en que su pueblo dejaría el cautiverio, reconstruiría Jerusalén y su muro, y se le permitiría restaurar la adoración a Dios. Así que, el ángel Gabriel comienza con un evento que es realmente importante para Daniel: la orden de restaurar y edificar Jerusalén para que se ofrezcan sacrificios y los sacerdotes puedan ministrar en el Santuario nuevamente. Según la profecía, habría 69 semanas, o 483 años, desde el decreto de restauración de la adoración en Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, Jesucristo.

¿Cuándo se emitió este decreto de restaurar y reconstruir Jerusalén? Puedes encontrar un registro de ese decreto, emitido por el rey Artajerjes, en Esdras 7. En realidad, se emitieron tres decretos de este tipo, pero el tercero fue el más significativo, porque no solo permitió a los judíos regresar a Jerusalén y reconstruirla, sino también les permitió ser una comunidad religiosa de nuevo y establecer la adoración a Dios en el Santuario. Este fue un decreto especial. El rey Artajerjes lo emitió en el otoño del año 457 a.C.

La venida del Mesías Príncipe

Si contamos 69 semanas, o 483 años, desde el año 457 a.C., avanzando a lo largo de la línea de tiempo de la historia, esto nos lleva al otoño del año 27 d.C. (recuerda, no hay año cero cuando nos movemos de a.C. a d.C.). Según las palabras de Gabriel, entonces, el Mesías aparecería en el año 27 d.C. ¡Y eso es exactamente lo que pasó! “Mesías” significa “el ungido”. En el año 27 d.C., en ese mismo año, Jesucristo, el Mesías, fue bautizado, o ungido, para su ministerio.

En el año quince del gobierno de Tiberio César [...] vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fue por toda la región del Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados.

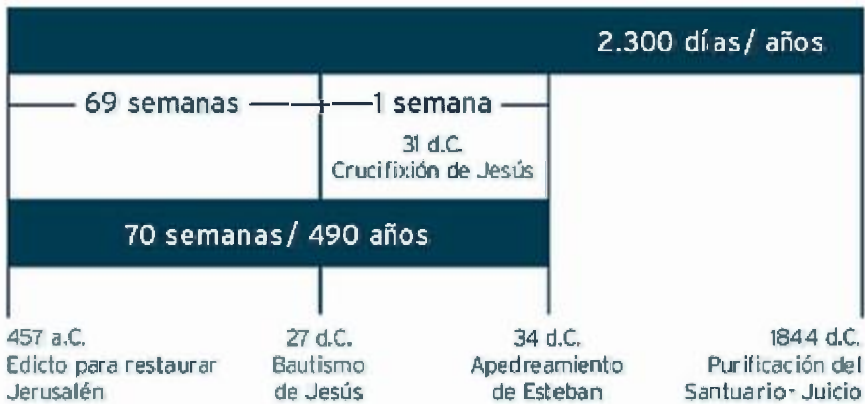
[Juan] respondió a todos: “En verdad yo los bautizo en agua. Pero viene uno más poderoso que yo [...]”.

Cuando todo el pueblo era bautizado, Jesús también fue bautizado. Y mientras él oraba, el cielo se abrió, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma. Y una voz del

cielo dijo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco” (Luc. 3:1-22).

El Mesías será cortado a mitad de la semana

La profecía no hace adivinanzas con respecto al futuro; lo conoce con certeza. Daniel predijo, con cientos de años de anticipación, la fecha exacta para el bautismo de Cristo. Pero eso no es todo. La explicación de Gabriel continúa: “Le quitarán la vida al Mesías, y nada le quedará. Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario” (Dan. 9:26).



Así, “se quitará la vida al Mesías, mas no por sí” (RVR 1960). Jesús fue crucificado, no por sí mismo, sino por nosotros. Murió por ti y por mí. “Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario”. Después de la muerte del Mesías, la ciudad de Jerusalén y su Santuario serían destruidos. Eso sucedió en el año 70 d.C., cuando el general romano Tito marchó con su ejército hacia la ciudad y la destruyó. El Santuario fue quemado hasta los cimientos.

“En otra semana confirmará el pacto a muchos; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (vers. 27).

- Setenta semanas (490 años) fueron cortadas de los 2.300 años para el pueblo judío.
- El Mesías vendría después de que 69 de esas semanas (483 años) hayan terminado.
- El decreto para restaurar Jerusalén, que marca el comienzo de las 70 semanas, fue emitido en el otoño de 457 a.C.
- Los 483 años nos llevan al otoño del año 27 d.C., exactamente cuando Cristo fue bautizado.
- El Mesías pondrá fin al sacrificio y la ofrenda a “la mitad de la semana”, la última semana profética (70) asignada al pueblo judío.
- Tres años y medio (media semana profética) desde el otoño del año 27 d.C. nos lleva a la primavera del año 31 d.C. ¿Qué sucedió en ese momento?
- ¡Jesucristo fue crucificado en el tiempo de la Pascua, en la primavera del año 31 d.C., después de un ministerio de tres años y medio, precisamente como la profecía lo predijo!

Cuando Jesucristo, el Cordero de Dios, murió en la Cruz, ya no había necesidad de sacrificios y ofrendas en el Santuario Terrenal, porque la realidad a la que apuntaban había tenido lugar. Por eso, en el momento en que murió, el velo del Templo fue rasgado de arriba abajo, exponiendo el Lugar Santísimo (Mat. 27:51). Los servicios del Santuario eran lecciones objetivas que ilustraban el sacrificio de Jesús y el plan de salvación. Cuando él murió, ya no eran relevantes. Habían cumplido con su propósito. Ahora, los pecadores ya no necesitaban sacrificar un cordero en el Templo; podían ir directamente a Jesús y aceptar su sangre para cubrir su pecado. Jesús es el Cordero de Dios, sacrificado en

nuestro favor, exactamente a tiempo, como la profecía bíblica predijo.

Según la explicación de Gabriel, el pacto de Dios con el pueblo judío sería interrumpido al final de las setenta semanas, en el año 34 d.C. Por supuesto, los judíos podrían ser salvos de manera personal después de ese tiempo, así como cualquier persona musulmana, hindú, judía o cristiana es salva por medio de la sangre de Jesucristo. Pero, después del año 34 d.C., los judíos ya no serían la nación elegida de Dios. El libro de Hechos, capítulo 7, registra la muerte del primer mártir cristiano, Esteban. A partir de este momento, el evangelio se empezó a proclamar poderosamente tanto a los judíos como a los gentiles. Las setenta semanas (490 años), asignadas a los judíos, llegaron a su fin.

La parte restante de los 2.300 años

Recuerda: Las 70 semanas son solo los primeros 490 años de los 2.300 años de la profecía de Daniel. Esta es la parte que se relaciona con el pueblo judío y su nación. La porción restante de los 2.300 años tiene que ver con el pueblo de Dios desde entonces, y se extiende hasta el tiempo del fin y la segunda venida de Jesús. La profecía vincula un evento que ya ha sucedido (la primera venida de Jesús) con un evento que aún no se ha cumplido (la segunda venida de Jesús) para darnos la confianza de que lo que predice la profecía bíblica es verdad. Hemos visto que los eventos relacionados con la primera parte de la profecía se hicieron realidad con una precisión asombrosa. Eso proporciona la seguridad de que los eventos de la parte restante de la profecía también se cumplirán exactamente como se predijo.

La profecía dice: “Hasta dos mil trescientos días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado” (Dan. 8:14).

Además, Gabriel le dijo a Daniel: “Hijo de Adán, entiende que la visión es para el tiempo del fin” (vers. 17). Puesto que un día profético equivale a un año literal, los 2.300 días (años) nos llevan al tiempo del fin. ¿Podemos averiguar cuándo terminan los 2.300 años?

¡Claro! Comenzaron con el decreto de “restaurar y reedificar Jerusalén” (Dan. 9:25). Ese decreto de Artajerjes fue emitido, como hemos visto, en el año 457 a.C. Si empiezas en el año 457 a.C. y avanzas 2.300 años en la línea de tiempo de la historia, llegarás al año 1844 d.C. (recuerda, no hay año cero cuando te mueves del año 457 a.C. al año 1844 d.C.). Esta fecha, 1844 d.C., marca el comienzo de lo que la Biblia llama el tiempo del fin, el tiempo del Juicio Final, justo antes de la venida de Cristo. ¡Eso significa que hemos estado viviendo en el tiempo del fin desde 1844! Significa que, desde 1844, la obra de purificar el Santuario en el Cielo ha estado avanzando. Significa que, desde 1844, se ha llamado la atención sobre la verdad acerca de la obra que Jesús está haciendo como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial. La verdad acerca de la Ley de Dios está siendo restaurada. La purificación del Santuario en el Cielo y la obra de juicio, prefigurada por el Día de la Expiación cada año en el Santuario terrenal, trae como resultado que Dios arregle sus asuntos con las naciones. Los poderes impíos y los individuos impíos serán juzgados y encontrados culpables. El pueblo fiel de Dios será exonerado. Ellos están cubiertos por la justicia de su Salvador, Jesucristo. Durante este tiempo del fin, el pueblo de Dios examinará su corazón, pidiéndole que perdone sus pecados y limpie su corazón y su mente de cualquier actitud o práctica en su vida que no esté en armonía con la voluntad de Dios, tal como lo hacían los israelitas durante el Día de Expiación del Antiguo Testamento. Ellos le pedirán que los cubra con el manto de la justicia de Cristo (Isa. 61:10).

Estamos viviendo en la hora del juicio. Desde el año 1844, Dios ha estado restaurando la verdad de las Escrituras ante el mundo; una verdad que había sido descuidada a lo largo de los siglos; una verdad que había sido oscurecida por las tradiciones y las enseñanzas de los hombres. El mensaje de Dios para estos últimos ha estado avanzando, y el tiempo se está acabando. Desde 1844, hemos estado viviendo en el tiempo del fin, los últimos momentos antes de que Jesús regrese. ¡Qué tiempo el que nos toca vivir! Este es el momento de ser fieles a Jesús, nuestro único Sumo Sacerdote y Salvador en el Santuario celestial. Este es el tiempo para asegurarnos de que no hay nada en nuestra vida que nos separe de él.

Ahora es el momento de hacernos eco de la oración de Daniel, registrada aquí en el capítulo 9:

“Inclina, Dios mío, tu oído y oye;[...] porque no derramamos nuestro ruego ante ti confiados en nuestras obras de justicia, sino en tu gran compasión. ¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona! ¡Atiende, Señor, y obra! ¡No tardes, por amor a ti mismo, Dios mío!, porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo” (vers. 18, 19).

¿Harás de la oración de Daniel tu oración? ¿Buscarás a Dios con todo tu corazón? ¿Entregarás, ahora mismo, todo lo que en tu vida no esté en armonía con su voluntad? ¿Por qué no inclinas tu cabeza en un momento de reflexión y le pides a él que, por medio de su Espíritu Santo, se mueva poderosamente en tu vida en este mismo momento?